

JORNADAS CARISMÁTICAS

María Rosa Molas,
mujer
comprometida
con Dios y con su
época.



BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE MARIA ROSA MOLAS

AMOR AL PROJIMO HASTA CON "DEVOCION"

Cuando el amor de Dios se reveló plenamente en Cristo, entonces pudimos escuchar: *"os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado"*.

Amar a los hermanos no es en María Rosa una realidad separada de su amor a Dios. Este es fundamento y origen de su amor a los hermanos. A todos los hermanos. Llámense hermanas de la Consolación, enfermos del hospital, pobres, ancianos, niños asilados o alumnas del colegio. A todos y a cada uno, con su nombre propio, los ama. Todos se relacionan con ella. Pero ella no separa este amor de su experiencia de Dios. Sigue haciendo en la vida la experiencia de Dios que inició en su intimidad con El. Por eso "ve" en los demás *"al mismo Jesucristo"*.

De este contacto con Dios le llega: la visión sobrenatural de las cosas, el carisma que recibe para ella y su Instituto en forma de amor a quienes, de un modo u otro, son herederos de la cruz de Cristo. Para ella no es posible una verdadera caridad con los hermanos que no tenga en Dios su fuente. Que no busque en el contacto con Él el amor para servirle con las entrañas misericordiosas de Cristo.

María Rosa ama a los otros de la única forma que le es posible: en Dios. Por eso los ama sin distinción, con un amor auténtico y real por sus personas. Los ama en sus necesidades concretas y en sus limitaciones. En sus carencias de Dios y en sus privaciones más elementales. Su amor al Señor le lleva a amar a los hombres con un amor más tierno y cálido, más delicado y fuerte, más universal y sacrificado. María Rosa, que vive sumergida en la misma fuente del amor de Dios, se acerca a todos con quienes se encuentra en la vida y les da, con su amor, la ternura y la consolación de Dios.

María Rosa se hace compañera del hombre necesitado. Se acerca al hombre de su tiempo y circunstancia, para compartir con él todo lo que es y tiene. Todo lo que Dios le ha dado al enviarla a este mundo como *"mensajera de gran caridad"*. Hay muchos modos de acercarse al necesitado para acompañarle. Cada época y cada persona tiene el suyo, pero cuando, como María Rosa, en la persona del pobre se ve al mismo Jesucristo y se ha hecho del Evangelio el libro de la vida, todo lo que se relacione con el hombre es entrañable.

María Rosa **ama con obras y de verdad**. De niña resulta una figura sugestiva verla en la puerta de su casa socorriendo a una anciana. De joven pasará las tardes del domingo con los enfermos del hospital. Cuando llega a Reus la epidemia del cólera, sale de su casa para asistir a los atacados. De religiosa entrega toda su vida en servicio a los pobres, incluso exponiendo su salud. Reus, Tortosa, La Plana, el campo de Tarragona fueron testigos *"del calor vital y ternura del corazón insaciable de beneficencia"* de María Rosa. Y *"evangelizar a los pobres"* se inserta en un mensaje que trasciende su propia misión: es el campo apostólico de su nuevo Instituto.

Para María Rosa acompañar a los hombres en un camino de salvación, es evangelizarlos, comprenderlos, compartir sus preocupaciones, dedicarles tiempo y trabajo, sacrificio, amor y oración. Es atender sus necesidades, porque *"si alguien ve a su hermano en necesidad-necesidades de cuerpo o de alma, necesidades de seres humanos, todo es necesidad-y le cierra las entrañas, ¿cómo morará en él el amor de Dios?"*.

Acompañar a los hombres en un camino de evangelización es para ella, vivir a gusto con ellos, sentirse entrañablemente compañera, hermana, madre, con los sentimientos de Jesús.

Y la gente sencilla del pueblo, los pobres, los asilados, las niñas de la escuela, los enfermos, para quienes no valen los gestos teatrales, sino la vida, la llaman **"madre"**. Y esa palabra, en su boca, significa que el género de vida de María Rosa es semejante al suyo en trabajo, privaciones, manos encallecidas, hábito pobre, aunque muy limpio, perder el sueño para velarles por la noche y decirles: *"mándeme, por caridad, ¿qué necesita?"*. Significa quitarse sus abrigo y darlos al enfermo que pasa frío. Quitarse materialmente la comida de la boca. Es madre que enseña a orar al Padre. Madre, porque les enseña el sentido cristiano de la vida.

María Rosa **vive enclavada en su historia**. Está en su mundo. En ese mundo reducido que ella conoce. En su cultura, en su ideología, en su sentido de Dios...En ese mundo que le enseña sus conquistas liberales y sus lacras de soledad, miseria e ignorancia.

Y la historia de su mundo repercute en sus escuelas y establecimientos benéficos: sin aulas dignas para las alumnas, sin dependencias decorosas para las hermanas, sin salarios para subsistir. Sin más menú que "pan y arroz seco" durante cuatro meses. Sin amas de lactancia para los niños expósitos. Por eso clama y reclama a las

autoridades y exige unos derechos de los pobres que no pueden ser irresponsablemente ignorados.

No se esconde en las calamidades públicas. El ayuntamiento de Tortosa conserva varios escritos laudatorios, alabando *"los caritativos servicios"* de María Rosa y sus hermanas en circunstancias de especial dificultad para la ciudad.

El ayuntamiento acude a ella en septiembre de 1865, cuando el cólera asiático. Y de nuevo, cuando hay rumores de fiebre amarilla, en septiembre de 1870. Le dice el alcalde *"si puede contar, como en otras épocas calamitosas de epidemias y cólera morbo asiático, con esas beneméritas Hermanas de la Consolación, para aliviar y llevar el consuelo a las personas atacadas de dicha enfermedad..."*.

María Rosa responde:

"Me he enterado de la honorífica y atenta comunicación [...]. Consultadas las hermanas, dispuestas siempre a sacrificarlo todo en pro de nuestros pobrecitos hermanos, se han brindado gustosamente [...] y están dispuestas a dar prueba de verdadera caridad y afecto con los pobres y la ciudad, como en otra época lo han verificado".

Es el sacrificio gozoso de la propia vida, como prueba de amor a los necesitados.

No solo en las grandes ocasiones. También en los pequeños acontecimientos de cada día está dispuesta a sacrificarlo todo, como renunciar al proyecto del noviciado, porque había aparecido el fantasma del hambre en la Casa de Misericordia.

Reclama constantemente a las autoridades para proporcionar a los asilados la comida, el vestido y las amas de lactancia. Todo el Epistolario de María Rosa está salpicado de estas reclamaciones, porque ella solo quiere *"que el pobre sea asistido y Dios loado"*.

María Rosa, situada en unas circunstancias desapacibles, no se distancia de su historia. Se encarna en ella acercándose al hombre concreto que se percibe en desarmonía consigo mismo, gracias a las ingratas circunstancias en las que le toca vivir. A ese hombre con su paciente vida de frustraciones, con su honda historia sin historia. Y se acerca a nivel de alma, a nivel de persona, a nivel esencial, para verter gota a gota, con su palabra sencilla y sus gestos de amor y sacrificio, toda la ternura que Dios derramó en el cuenco de su ser.

Llama la atención ver a María Rosa acompañando a los hombres de su tiempo en esos inexplorados rincones donde se dan cita el dolor y la ignorancia. *"Cuanto más desgraciada era una persona, tanto más la quería y amaba la Madre Rosa"*, dirán los tortosinos. *"Los ancianos y desvalidos y los parvulillos más asquerosos eran la pupila de sus ojos"*. A una hermana le dirá que en su clase, *"no hiciese distinción, sino que tomase los más despreciables"*.

Envuelto en el ropaje de la más pura sencillez y con un aire de lírica franciscana, su frase a una hermana, nos revela el secreto profundo de su actuación:

"Hija mía, sea muy caritativa con los pobres y enfermos y si duda de que el caldo esté caliente, no tenga pereza en encender el fuego y calentarlo, mirando a Jesucristo en los enfermos".

Entrañas de Madre y visión de fe se encierran en esta frase. Viene a decirnos que en los grandes acontecimientos y en los detalles de cada día **podemos hacer algo en nuestra historia, sirviendo con amor, como si fuera al mismo Jesucristo, a los hombres que nos necesiten.**

Para María Rosa el pobre es transparencia de Jesucristo. Ver o no ver no es problema del otro, es cuestión personal. Se trata de tener visión teológica. De este modo la Hermana de la Consolación "verá"- como María Rosa- en el enfermo que asiste, en la alumna que forma, en el pobre que tiene a su cuidado, o en la propia hermana de comunidad, *"al mismo Jesucristo"*. Lo verá a Él. No un símbolo, ni un recuerdo, ni siquiera una imagen aproximada: *"verá al mismo Jesucristo"*. La frase es profunda y nos revela ese sesgo del espíritu que ha captado unas realidades trascendentes por vía de experiencia.

"Verán al mismo Jesucristo" no debe entenderse en el sentido de ignorar al hermano, sino en el de hacérselo todo como se lo haría al mismo Jesucristo. Hay que entenderlo a la luz de Mateo *"cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo"*. Precisamente, por eso, es un servicio hecho a Jesucristo en el hombre.

Desde la óptica de Dios entiende María Rosa su amor y servicio a los hermanos. Por eso exclama el Padre León: *"¡Felices las casas en que puso el pie este ángel de paz y de amor, que iba resuelta a sacrificar su vida, y ofrecer su existencia por Dios y por sus pobres!"*.

Y es que el sacrificio-en forma de servicio, entrega o culto-jalona toda la historia del hombre sobre la tierra y marca el ritmo de una existencia cristiana. *Tratando de beneficiar al pobre, no reconocía dificultad ni sacrificio*", nos dirá también el padre León.

Y, muy en consonancia con su idea de que las hermanas han de considerarse *"sierva de los pobres"*, deja consignado en la Regla que las Hermanas tratarán a los pobres y enfermos *"con dulzura, compasión, cordialidad, respeto y aún devoción"*.

Palabra clave: **devoción**. No es comprensible su amor en profundidad, sino en la donación y renuncia de todos sus deseos, e incluso del sacrificio de su vida. Sacrificio hasta con **devoción**, porque es en la devoción donde el sacrificio adquiere su sentido más profundo. Un acto de devoción que nos sitúa en postura de ofrecer la propia vida como una oblación. *"Para mí una fortuna morir por amor al prójimo"*, le habían oído decir en más de una ocasión, al ser avisada por el contagio de los enfermos.

Devoción, sacrificio, oblación, fortuna..., conceptos todos ellos relacionados con Alguien que ve María Rosa en la persona del prójimo. Estas palabras son exponentes de un amor al prójimo sentido en la misma fuente de su amor a Dios. Por eso trata a todos con bondad. Los escucha como si sus relatos fueran los más importantes que le podía referir. El padre León la vio siempre *"bondadosa, afable y cariñosa"*, *"acogiendo a todas horas y en todas las circunstancias [...] la inquietud, la pena y la amargura del prójimo"*.

El Señor la destinó a los pobres y fue para ellos lámpara de caridad *"que no se extinguió sino con su muerte"*. Cauce de *"misericordia y consolación"* que nacía en la misma fuente del *"Padre de las misericordias y Dios de toda consolación"*. En Él bebió María Rosa el amor. En su fuente más pura y cristalina.

Para la reflexión personal:

- ¿Qué actitudes vemos reflejadas en la Madre que la comprometen con su historia?

